1949

PRESENCIA



IMPRIMIÓ DOMINGO E. TALADRIZ.

BUENOS AIRES, VIERNES NUEVE DE DICIEMBRE DE MIL NOVECIENTOS CUARENTA Y NUEVE. — AÑO UNO — NÚMERO XXIV.

Aparece el segundo y cuarto viernes de cada mes. Administración: Calle Venezuela 649. Imprenta: Avd. San Juan 3875. Buenos Aires — Argentina
Precio del ejemplar: $ 0,50
Suscripción anual: $ 12.-

Y siguen las preocupaciones por la Teología Nueva cuando en realidad lo que falta es simplemente Teología. Aún entre nosotros, personas excelentes que han asumido la defensa de la Nueva Teología, si conocieran a ciencia cierta lo que están defendiendo y, en consecuencia, lo que están atacando, se horrorizarían de la propia obra.

Se quiere defender una teología positiva, que se independizaría de la Especulativa y a la cual menospreciaría. En la mente de los teólogos-historiadores, ésta es atrasada, vieja, estúpida, mojigata, sucia, analfabeta, y otros bonitos adjetivos que omitimos porque una reconstrucción nunca es idéntica al original. Pocas veces hemos encontrado a ambas hermanas Teología, concurriendo unidas y eficazmente en una obra común.

La Positiva como más nueva ha querido aparecer como representante de la Teología de los tiempos modernos. Con vanidad muy explicable quiere presentarse como lo único que puede llenar "las aspiraciones del hombre contemporáneo". Quiere ser la única teología que respondería a las necesidades de la vida moderna. Según ella, el hombre moderno necesita Historia. Historia en Filosofía, historia en Derecho, historia en Psicología, historia en Sociología, historia en Matemáticas. En todo historia ¿Por qué no reducir también a historia la teología? No nos oponemos a la labor muy meritoria del teólogo preocupado por la historia de los problemas teológicos; pero sí nos oponemos a reducir toda la teología a historia, pues entonces ni hay teología ni es necesaria la historia.

No podemos dejar de notar que hay un historicismo larvado —que a veces aparece explícitamente— en todo lo que hemos leído de la Nueva Teología. Ese historicismo aparece más claro en la comunicación oral de maestro a discípulo, pues aquel no deja de mostrar su menosprecio a la especulación teológica. No existe una verdad; existe una evolución de doctrinas referida siempre a circunstancias históricas. No hay una razón que pruebe, hay una concepción que surge en un ambiente histórico, por razones históricas, y que se explica solamente por una causa histórica, sin referencia ninguna a su valor intrínseco de verdad o error. La verdad es contingente, limitada en una categoría de temporalidad; por eso la labor del teólogo será elaborar una teología "actual".

No se puede negar que es justo el requerimiento de una teología actual. Pero para ser actual no es necesario que deje de ser teología. Debe ser actual, y valer como teología; en caso contrario todo el esfuerzo de actualización se vería frustado. Actual o actualizarse significa que debe ofrecer una respuesta a los múltiples problemas de la vida moderna. Pero no es actualizarla, reducirla a un mero historicismo. Teología actual significa aplicar inteligentemente los principios de la revelación a los [illegible] de ahora; pero no hay teología actual, si aquello actual ha dejado de ser teología.

Por una visión conceptualista de las cosas imaginamos que el fin de la teología es deducir al infinito nuevas conclusiones, y producir sistematizaciones más o menos originales del pensamiento católico. La teología nueva cree ser actual porque se opone a la escolástica, y a toda labor rigurosamente especulativa. Como su nombre lo indica, la teología es la ciencia de Dios; su objeto es la contemplación de los divinos misterios de fe. No es su función nutrir la vanidad humana; ella quiere elevar la mirada del hombre hacia el Objeto supremo que será su eterna bienaventuranza en el cielo.

La llamada teología nueva piensa que la modernización de la teología consiste en reducir todos los problemas teológicos a problemas históricos, explicables solamente por su marco histórico, por las influencias recíprocas de las diversas corrientes doctrinales. Todo el valor de las conclusiones teológicas, será relativo a una época, esencialmente contingente, dentro de una categoría de temporalidad. La queja de Blondel por la fijeza de nociones. . . un sumario fijado a la letra, se repite en H. Bouillard, De Lubac, etc. Al reducir la teología a historia, se deja de lado lo especulativo (no hay en teología verdad ni error), y se limita a una descripción del pensamiento de autores individuales.

Esta reducción de la teología a historia parte de un falso principio. Cree que el hombre actual desea la historia por la historia misma. El hombre actual es precisamente el menos historicista, y tan metafísico como el de las mejores épocas del pasado. El hombre del humanismo o de la Ilustración buscaban la historia por la historia misma. El hombre actual busca la metafísica y la teología hasta en la historia. Las largas peregrinaciones históricas del pensamiento moderno van guiadas por hambre de metafísica, por sed de Absoluto, pero no por



MAS SOBRE LA

historia. El hombre actual se lanza a la historia, pero no se detiene en la simple narración de los acontecimientos. Parece que quisiera arrancar de las canteras de la historia los sillares de una metafísica, principios absolutos de vivir, fijos, con toda la fijeza que detestan los hombres nacidos entre las riquezas de la casa del Padre y que salen afuera como el pródigo a dilapidar su fortuna.

Es un error pensar que el hombre actual es un humanista clásico o un enciclopedista. Aquellos fueron verdaderamente históricos. Cuando Erasmo invoca a Júpiter, no es porque se olvide de Dios, sino por el placer de actualizar lo histórico del clasicismo pagano. Los discípulos de la Ilustración, Federico el Grande, Voltaire, etc. se creían la quinta esencia del progreso y de la evolución. De ellos podemos decir que vivían plenamente lo histórico, eran hombres plenamente actuales, en todo el sentido de la palabra. El amor por los conocimientos físicos, los viajes, los descubrimientos, poca o ninguna inquietud metafísica, demuestran con suficiente claridad que concebían la vida como actualización, como vivencia de valores actuales en un marco estricto de historicidad. El optimismo naturalista de la Ilustración se sustentaba en la super-estimación de lo actual identificando actualidad histórica y perfección.

Pero nada de eso encontramos en el mundo contemporá-

SANTA MARIA DE

Recorro en trashumante vagar de peregrino
la calle solitaria que va buscando el río.

Desciendo oscurecida, la acera de las Torres:
olor de Buenos Aires, los cercos con malvones.

De viejos parapetos y antiguos portalones
aún guardas tú, mi calle, memoria de otras noches.

Arcaica, legendaria, benemérita Villa;
tu rumbo; aquel Camino de los Reinos de Arriba.

De treinta mayorazgos venidos con Mendoza,
de los treinta infanzones de la Cruz Redentora.

Y sigo recorriendo la calle solitaria;
la Catedral me impone su imagen desvelada.

Y al llegar a la esquina de la Plaza de Armas
mi vista sueña el Fuerte de Juan Baltasar de Austria.

Otra ciudad añeja, de almenas y torreones
se aplasta allá lo lejos, por detrás de la noche.

Otra ciudad más vieja, de los siglos perdidos,
con hidalgos y mozas y alféreces y cirios.

NUEVA TEOLOGIA

neo. El hombre moderno no es "actual", como lo fué su tatarabuelo. Las crisis, las guerras, las zozobras de un mundo inestable han cambiado su fisonomía espiritual. Es cierto que consulta la historia, pero no es para encontrar historia. Actualmente interesa la historia de la teología medieval, pero no por lo que tiene de historia sino por lo que tiene de teología. Es desconocer absolutamente los problemas reales del alma contemporánea, pensar que busca historia y no teología. Podemos hojear cualquiera de los grandes de la filosofía actual; quizás haga historia; pero notaremos que en la historia misma procura encontrar una lección definitiva. Es la señal de que no busca historia; busca metafísica, teología, Dios.

Es verdaderamente trágico que los teólogos siempre vayan al revés de las necesidades de su época. Cuando el hombre quería historia, o quería una explicación de las nuevas estructuras sociales en formación, los teólogos le ofrecían una pura teología especulativa, sin nada de historia, y ajena a las necesidades de la época. Ahora que el hombre quiere teología, y que está hastiado de evolución y cambio, le sacuden con historia. Pareciera que los teólogos estuvieran dispuestos a responder a las exigencias del hombre culto, pero... con algunos "siglos" de atraso.

La teología nueva es un tardío historicismo teológico, precisamente cuando el hombre quiere dejar la feria mundana para pensar en Dios.

Bouillard en "Conversión et Grâce chez S. Thomas d'Aquin" escribe lo siguiente: es un defecto casi inevitable de los manuales el de hacer ver la teología como una ciencia hecha, de nociones inmutables, problemas intemporales, argumentos definitivos... etc. (p. 211). Creemos que si un hombre moderno auténtico, lee esto exclamará jubiloso: ¿dónde está ese manual? ¡por fin me dan la noticia de una ciencia hecha, de nociones inmutables, de problemas fuera del tiempo! ¡Eso es verdaderamente un tesoro! Subjetivismo, evolución, fenomenología... esencias objetivas que no son reales... existencia que no existe... valores que valen pero no son... ahora me libraré de esa horrible pesadilla. Contingencia, relatividad, razones sin razón y sinrazones que razonan... ¡sospecho que toda esta espantosa tormenta se disipará con aquellos argumentos definitivos y fijos! Pero si luego lee: "hemos de observar hasta qué punto la teología tomista difiere de la teología moderna", en las nociones, en la manera como ella propone y trata los problemas; como ella depende de su tiempo, de su medio, de las tendencias personales de su autor..." etc. Si lee que "el espíritu evoluciona", y que la teología tiene una "evolución" paralela a la evolución del espíritu, siendo la evolución del espíritu la razón de ser de la evolución dogmática; si lee que "una teología no actual es una teología falsa; y que las doctrinas de los teólogos son explicadas por la atmósfera intelectual, el estado de los espíritus, entonces nuestro hombre arrojará el libro por la ventana. No era ese el manual con argumentos definitivos. Allí nuestro hombre ha encontrado aunque más tímido y lleno de buenas intenciones el mismo evolucionismo historicista que encuentra en Scheler, Heidegger, Levy-Bruhl, o en el recientemente fallecido Blondel.

La teología nueva es solamente mal uso de la investigación histórica. Es investigación histórica de la teología, pero sin criterio teológico. Donde el teólogo ve la evolución homogénea del dogma, por una explicitación de las verdades reveladas, el historiador ve una multitud de opiniones individuales, concretas, sin nexo interno, dispersas en una multitud heterogénea.

La teología nueva no percibe una necesidad interna en el dogma a desarrollarse. Aunque parezca paradojal, no se interesa por el modo como puede verificarse un progreso dogmático. Los problemas planteados por los PP. Gardeil, Marín Sola, Schultes y otros que viven aún, no le interesan. La especulación teológica no tiene para ella valor en sí. Ella ve solamente una necesidad externa a la misma estructura de la verdad: ser actual, adaptarse a lo que supone es el espíritu moderno. Se podría preguntar qué tiene más valor humano: si conocer el dogma tal cual es, como es en sí, o modificarlo adaptándole para vivir en una suerte de alucinación conciente y voluntaria. La respuesta es evidente. Ese dogma modificado y adaptado ya no tiene ningún valor como dogma ni teología. Otra vez nos ocuparemos del progreso dogmático. Por ahora solamente queremos destacar las directivas fundamentales de la nueva teología. Verdaderamente niega el valor intrínseco del dogma y la doctrina revelada. Aún no ha llegado quizás a negarlo explícitamente. Pero, silenciando y menospreciando la especulación teológica; reduciéndola a aristotelismo o neoplatonismo; pasando por alto la homogeneidad del progreso dogmático; exagerando las divergencias entre autores, explicando todo por la atmósfera intelectual, se termina por negar realmente el valor intrínseco del dogma, y el valor de la teología. La teología es negada y desaparece, si no tiene un valor en sí, y sólo vale por su adaptación al ser actual de los hombres.

El método histórico es —como dice M. Labourdette— un instrumento irreemplazable para la reflexión especulativa misma [1]. En el cuadro de sus conexiones históricas se ven mejor muchos problemas. Pero el teólogo no puede abstenerse de distinguir lo esencial de lo accesorio, lo temporal y contingente de lo necesario y eterno.

La teología cerrada o abierta para el hombre moderno, cerrada o abierta a las realidades terrenas, es cuestión de imaginación precientífica. Con el estudio y la paciencia la teología pasa con toda facilidad de cerrada a abierta, y sin dejar de ser teología.

ALBERTO GARCÍA VIEYRA, O. P.

[1] M. Labourdette O. P.: La Theologie Intelligence de la Foi. Revue Thomiste (1946).

LOS BUENOS AIRES

Con Procesión de Corpus de veinte cofradías:

con pendones a lo alto y ceras encendidas.

Enhiestos hijosdalgo de jubón y de calzas;

las damas de gorguera y basquiña voladas.

Dan la vuelta a la Plaza el Obispo y el Palio,

se inclinan las cabezas, destocadas, al paso.

Y detrás arcedianos, canónigos y chantres

y todo el Santo Oficio, familiares y alcaldes.

Y el repique orgulloso de las torres bermejas

y las voces alegres de todas las iglesias.

Se apaga aquel bullicio, se aquietan las callejas:

las casonas se agobian bajo el sol de la siesta.

Junto al río de plomo la ciudad desfallece

y sube un gran silencio desde los terraplenes.

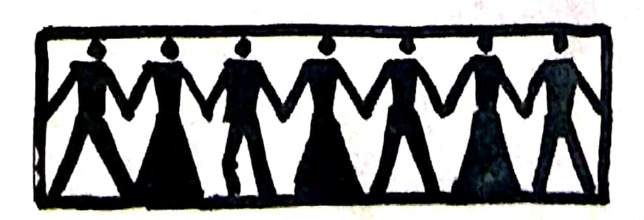
Y la visión se aleja y vuelve anochecida

mi Buenos Aires nueva, moderna, decidida.

Y más allá del río, donde estuviera el Fuerte,

el sol barre los restos... implacable... inerte.

MANUEL RODRÍGUEZ OCAMPO (h.)



"SONETOS ANTERIORES"

El soneto es siempre una aventura. Una aventura de la que los escritores jóvenes suelen salir perdedores. Tiene en primer lugar el soneto el gran peligro de hacer que la poesía se desvanezca.

Quiero decir que el cerebro ahoga con demasiada frecuencia la emoción de lo bello. De ahí resulta que el uso del soneto da como resultado la fabricación perfecta y no la expresión lujosa de los sentimientos. En segundo lugar, el soneto será siempre una forma impregnada de limitaciones.

Sin embargo Jorge Vocos Lescano ha salido ganador en la aventura de "Sonetos Anteriores". Entrar al libro es penetrar en una catedral donde la luz se desmenuza en los vitrales hasta hacerse belleza. El soneto de Vocos Lescano es el soneto vivo, donde la hermosura no se pierde por cauces cerebrales. Alguna vez el tiempo se detendrá sorprendido ante "El violín" —para mencionar el nombre de una de sus composiciones más acabadas— o ante el "Soneto de la sombra" y se lamentará de haberlos dejado escapar, y guardará su espada.

El mundo poético de Vocos Lescano se integra con tres provincias: el recuerdo, el amor y el paisaje. Al recuerdo se vuelve muy a menudo Enrique Banchs y se vuelve muy a menudo Francis Jammes y también César Vallejo. Anotamos con esto una aproximación de temperamentos entre el autor y los nombrados. Las tres provincias mencionadas tienen en el libro sus sonetos representativos, pero no dividamos sin necesidad el contenido de "Sonetos anteriores". Digamos sí que hay en él un soneto que nos gusta menos: el "Soneto del equilibrio". Será que nos recuerda demasiado un poema de "La ciudad sin Laura" de Paco Luis Bernárdez. Pero dejemos estas sutilezas para los críticos, que a nosotros nos importa destacar la presencia de una lírica de primera calidad, de una poesía desnuda, cual es la de Jorge Vocos Lescano. En una ocasión don Antonio Machado señaló que el poema que no tiene muy marcado el acento temporal está más cerca de la lógica que de la lírica. Vocos se halla entre aquellos poetas que hacen sentir la "emoción del tiempo", de un modo especial en este terceto:

Pero al ver que yo vengo y tú no vienes
y al saber que ya tienes otras cosas
me voy llorando y en el llanto caigo.

El poeta es un mensajero y debe hacer bien su trabajo. La carga de luz que le ha sido confiada no debe quedarse a mitad de su periplo. Por eso no está demás recordar la responsabilidad del poeta y su obligación de ser consciente. Pero creemos en Vocos Lescano. El futuro de su gran poesía se halla en esa virtud de la humildad literaria tan poco frecuente, tan olvidada en los días que corren. Y además en exigirle al poeta mayores lastimaduras.

Muy bueno el dibujo de Ballester Peña y excelente el trabajo del impresor Taladriz. Su colaboración es digna de ser destacada.

FERMÍN CHÁVEZ





fortaleza y justicia

HACIA UN NUEVO

En nuestra última nota editorial mostrábamos cómo la oposición, el nacionalismo y el actual gobierno del General Perón no llenan las condiciones adecuadas que reclama la conducción política argentina; mostrábamos también cómo una política acertada sólo podría obtenerse por la feliz conjugación de cada uno de los tres valores que esas respectivas fracciones representan. Podríamos expresar esta conducción política necesaria con la siguiente fórmula: *Una política de dimensión nacional, abierta a lo mundial, que conjugue el bienestar de los asalariados con el interés de los empresarios.*

Esta fórmula tiene la gran ventaja de concentrar la solución de los grandes problemas contemporáneos —la cultura, la autoridad, la libertad—; de los grandes problemas nacionales —lo internacional, lo nacional y lo social— y de nuestra historia —Rosas o la tradición nacional, Pellegrini o el impulso productor y progresivo, Perón o la justicia social— en el punto económico, en el cual se muestran al rojo en este momento de la historia. Alguien pudiera imaginar que fórmula tan lograda merecería calificarse, sino de utópica, al menos de excesivamente teórica. Pero pensamos que es esta una fórmula integradora, imperiosamente reclamada por la actual realidad argentina y que puede ser traducida en nustra realidad vivida.

Fórmula integradora

Tres valores destaca la presente fórmula: una, la conjugación de las exigencias del bienestar social con el interés de los empresarios; otra, la necesidad de que esta conjugación se verifique dentro del acrecentamiento productivo del país; y finalmente, de que este acrecentamiento nacional armonice con el intercambio mundial.

Conjugación de lo social y de lo económico. Es justo reconocer que hasta antes de la Revolución, lo social marchaba al margen de lo económico. El Presidente Castillo p. ej. fué impermeable, tercamente impermeable a lo social, a la justicia social, que con fuerza trataba de abrirse paso entre nosotros. El General Perón, en cambio, supo captar la fuerza de esta realidad y sobre ella colocó la base de su gobierno. Hoy, cualquiera sea la opinión que se tenga de la solidez, eficacia y oportunidad de la obra del General Perón, lo cierto es que de aquí en adelante nadie podrá gobernar, pacíficamente, contra *lo social.* Sin embargo, ya puede darse por fracasado el intento del General Perón, por haber buscado la solución de lo social a costa de lo económico.

Los términos mismos del problema están diciendo que la solución hay que buscarla en la conjugación de uno y otro valor. Tanto los grupos de empresarios como los sindicatos obreros han de persuadirse, si todavía no lo están, de que todo progreso de los unos *a costa* de los otros es ya hoy completamente ilusorio e imposible. Porque en un régimen capitalista —y es capitalista todo régimen de propiedad privada que no se organiza profesionalmente— el aumento de salarios y de cargas sociales determina un aumento correlativo del costo de la vida. Sólo sería viable y efectivo un mejoramiento social determinado por una redistribución social de una mayor productividad. Pero ningún decreto puede conseguir una mayor productividad redistribuída entre todos los elementos asalariados si no se establece un contacto y entendimiento directo de las organizaciones patronales con los obreros; el cual es fácilmente asequible entre nosotros porque la natural feracidad de nuestro suelo facilita la abundante



QUEHACER POLITICO

producción de riquezas a costos relativamente bajos y las condiciones psicológicas de nuestras gentes favorece el entendimiento entre las diversas capas sociales.

Por esta senda hay que buscar la solución de problemas que no pueden ser postergados. Sería improcedente descender a la determinación de soluciones concretas. Estas se han de ir ofreciendo a medida que se estrechen las relaciones. Lo importante es tener el convencimiento de que sólo por este camino se puede lograr, de manera relativamente pacífica, el mejoramiento social de los asalariados sin perjuicio del estímulo productor. Si la lucha del productor contra el asalariado que significó la economía de libre competencia ya no es posible y si tampoco lo es la lucha de asalariados contra el productor que quiso imponer el régimen peronista, no queda ya lugar sino a una colaboración franca de asalariados y productores en vista *de una equitativa redistribución de la mayor* utilidad productiva. Pensar que esto último es imposible, implicaría un concepto trágico que la realidad social argentina, profundamente antimarxista y por lo tanto anticlasista, desmiente formalmente.

Dentro de un plan de dimensión nacional. Cuando se leen las críticas, bajo muchos aspectos tan certeras, que los diarios opositores formulan contra la actual política económica, no se puede menos de lamentar que todas ellas estén profundamente viciadas por la pretensión de querer volver a un régimen de absoluto librecambismo que ya no funciona ni puede funcionar. Precisamente el estado de coloniaje a que ese librecambismo ha reducido la economía de pueblos políticamente soberanos ha despertado, bajo todas las latitudes, la conciencia de nación, como unidad de convivencia económico-cultural. Entre nosotros, esta conciencia tomó fuerza, cuando la crisis de nuestro liberalismo político y económico, al final de la presidencia de Alvear y se acrecentó durante la segunda guerra mundial. En el actual estado de perturbación de las relaciones mundiales se ha puesto más en evidencia la desgracia de todo pueblo que no sea dueño de su propia economía y que haya de esperar a que desde Londres o desde Nueva York se la reordenen.

Es ésta una verdad sobre la cual no deben abrigar dudas los que tienen el manejo de nuestra riqueza productiva. Sería lamentable error abrigar la ilusión de que se pueda volver a estados anteriores de cosas. Si algo ha de quedar como definitivamente adquirido de las luchas de estos últimos veinte años es que la escala de nuestra economía ha de ser nacional y que, por tanto, nuestra moneda, nuestro crédito, nuestra producción rural e industrial y nuestro comercio interior y exterior ha de medirse primordialmente por las necesidades y posibilidades del consumo interno de la nación.

Abierto al intercambio mundial. Pero una vez afirmada la realidad de unidad nacional que le cabe a nuestra economía y no de simple órgano periférico de una red de intereses mundiales, no se ve por qué haya de negarse la posibilidad y necesidad de un intercambio mundial. Para nosotros es esto tanto más imprescindible cuanto nuestro aparato productor necesita materias primas y elementos técnicos que por muchos años todavía nos han de llegar desde afuera. De tal suerte hemos de condicionar entonces la producción de nuestras riquezas que puedan estas convertirse en productoras de divisas fuertes con las que compremos lo necesario para mantener un alto poder productor. Y son precisamente nuestras carnes, nuestro trigo, nuestro maíz y nuestro lino las riquezas cuya producción ha de intensificarse con este objetivo bien preciso. Recordar estas verdades tan elementales pareciera infantil si la actual política no se hubiera empeñado en olvidarlas.

templanza
prudencia

Refiriéndonos con precisión a nuestras relaciones con Estados Unidos, creemos que sin renunciar en lo más mínimo a nada del patrimonio nacional, es posible una *política* —subrayamos una política porque ella, y no una actitud de "compadre" ha de ser el fuerte del país más débil— que, sin mengua de la dignidad nacional, promueva los justos e indispensables intereses económicos.

Hemos indicado los tres valores expresados en nuestra fórmula de integración de una política necesaria. Y no hemos mentado a la máquina administrativa gubernamental. Hemos nombrado, en cambio, a las fuerzas reales de nuestra vida económica, vale decir, a las organizaciones de empresarios y de obreros. De igual manera podríamos haber nombrado a las culturales y demás fuerzas que componen el país real. Porque es esta otra verdad importante que se ha de tener presente: Lo que interesa primordialmente, es el bienestar armónico de las fuerzas que componen el país real. Los órganos gubernamentales, a los que comúnmente se denomina hoy Estado, no tienen un fin en sí sino que adquieren razón de ser en función de la prosperidad del país real. Un Estado entonces que se incrementa y desarrolla *a costa* del país real es un monstruo que no pierde nada de su monstruosidad por familiar que se convierta en el quehacer diario.

Fórmula imperiosamente argentina

Cuando, situándose no en el llano sino en la cumbre, se contempla la vida argentina de los últimos años, y se trata de indagar no lo que divide a unos grupos de otros sino la aspiración común que los alienta, se llega a la verificación de que la Argentina quiere hallar la expresión viviente de su unidad nacional. Después de la era liberal que tuvo sentido vivo de la libertad y del progreso, aún a costa de lo social y de lo nacional; después de la fuerte prédica nacionalista que bregó por lo nacional, aun a costa de la libertad y del progreso; después de la experiencia peronista que ha hecho desbordar lo social por encima de todo orden y progreso, nuestra historia clama por una fórmula integradora de valores. He aquí lo que han de comprender las fuerzas productoras, que se alinean detrás de la oposición; y el nacionalismo que se nuclea en grupos diversos que todavía fermentan opinión; y los sindicatos que sirven de sostén al peronismo.

Porque las fuerzas productoras, y su expresión política, la oposición, han de comprender que ya no puede existir solución en nuestro país contra lo social y contra lo nacional. Si lo hubieran comprendido ya, mayor aceptación tendrían en la confianza de grandes sectores del país. Los sindicatos, y su expresión política, el peronismo, deben comprender que no puede existir solución contra las fuerzas productoras. Y el nacionalismo ha de comprender que ya ha terminado la etapa de acusaciones, denuncias y persecuciones y que es necesario iniciar una integración de valores y de fuerzas en la unidad viviente de la nación. Solo así, por un esfuerzo de los propios grupos que se afanan por superar moldes y esquemas limitativos, se puede acertar en la tarea apropiada que la Argentina pide en este nuevo momento. Tarea nueva y peculiar que no puede consistir en volver a los mitos del ciclo liberal, aunque se vistan de pintorescos *neos*, ni en repetir los "slogans" de la década nacionalista con el atuendo de José Antonio, sino en hacer viable en la vida social y política del país una fórmula integradora de valores que, por encima de limitaciones y divisiones de grupos, la Argentina reclama.



La fórmula viable

Sostenemos que esta fórmula es perfectamente viable y que ella se está encarnando silenciosa pero profundamente en muchos argentinos que, en silencio también, pero con despierta reflexión, siguen los extraños acontecimientos que se desenvuelven a la vista. Hombres que han actuado en los más diversos campos, que han desarrollado las más diversas actividades, que han representado los más encontrados intereses, que se han dividido en los más opuestos partidos y tendencias, sienten en estos momentos, de una manera acuciante y viva que no sabrían cómo expresar, que una grave e ineludible responsabilidad les urge a pensar en una nueva fórmula que, por encima de oligarquía peronismo, liberalismo-nacionalismo, empresa-sindicato, exprese la solución que el momento del país necesita.

Cuando en *La Revolución que vivimos* hemos denunciado la actitud de núcleos que, insensibles a este momento extraño, se mantienen en posiciones "retardadas", esperando no sabemos qué de esta viscosa marejada, no hemos querido hacer un enjuiciamiento *moral* sino llamar, a los elementos psicológicamente salvables, a la realidad política de este momento grave e incierto. Hemos querido despertar en ellos el sentido de responsabilidad frente al actual estado de cosas y hacerles ver lo que la clarividencia y plasticidad política exigía. Porque en política, en la buena y necesaria política, no sólo se claudica cuando se abandona una posición que no se puede abandonar, sino cuando estando en una posición fundamentalmente buena, no se es capaz de seguir ajustando las apreciaciones y actitudes a los hechos que se van verificando. Es una claudicación política estar hoy en actitudes que pudieron ser buenas en 1937 o en 1945. Los hechos de entonces podrían exigir ciertas y determinadas posiciones. La de hoy exigen, en virtud de los mismos principios, nuevas apreciaciones y actitudes. Cuando, por



cualquier razón, no se es capaz de comprender esto o de comportarse consiguientemente, se ha fracasado. Eso dijimos entonces y eso repetimos ahora. Y añadimos que en esto, puede fracasar groseramente un nacionalista como un opositor y un peronista.

De todas maneras, lo urgente, ineludible y perentorio de este momento no está en revisar posiciones sino en comprender que *el país en su conducción política actual es llevado a su cierta ruina* y de que, entonces, es necesario crear una opinión, una fórmula que pueda encarnar en argentinos responsables. Argentinos responsables que no pueden desconocer que, en un momento de grave confusión institucional, la suerte de nuestros problemas y la suerte del país puede ser presa de fuerzas internacionales las más siniestras. Argentinos responsables que no pueden desconocer que nada se puede cosechar si antes no se ha sembrado y que cualquier solución valedera ha de prender en la inteligencia antes que en la realidad vivida.

Desde ahora, entonces, hay que contar con hombres responsables que hagan valer una fórmula argentina, de solución para este problema casi sin solución. No importa de dónde vienen estos hombres, ni dónde han militado ni qué tienen entre manos. Basta que sean argentinos y que tengan responsabilidad para ver la gravedad del momento que vivimos.

PRESENCIA

LA GENTE DECENTE

En la República Argentina no hay esclavos ni títulos de nobleza. Todos los habitantes son iguales ante la ley y si algunos consiguen automóviles a precio de lista, y otros, de vez en cuando, un rollo de papel higiénico, se debe más bien a caprichos financieros que no a privilegios, pues todos somos democráticamente parejitos.

Sin embargo es visible que en nuestro país conviene tener un nombre español que sea *al mismo tiempo* el de una calle del municipio. *Sirve para ciertas cosas,* entre otras para encontrar algún ricacho (un Remo Tallarini, un Salomón Judiovsky, un Patrick O'Hara) encantado de poder intercambiar la hijuela de su hija por el patronímico de sus nietos.

¿Estaremos ante una de las aborrecibles distinciones aristocráticas de la Europa feudal? Nada de eso. De lo único que se trata es del respeto, unánimemente difundido y aceptado, a la "Gente Decente".

A primera vista la Gente Decente constituiría la capa superior de una estratificación social; una oligarquía (error en que incurren los sociólogos adocenados); o una aristocracia (error de algunos optimistas) o una Clase Económica Propietaria de los Medios de Producción (error de los ingenuos marxistas).

Pero es falso. Pues todos sabemos que no es precisamente entre los potentados del dinero donde vamos a encontrar a la Gente Decente. Esta tiene que ser (condición "sine qua non") nativa del suelo y ostentar normalmente apellidos de calle, mientras los ricos industriales y comerciantes suelen nacer más bien en ambas vertientes del Líbano, o en las estepas ucranianas, o en el valle del Po. Ni siquiera los espléndidos estancieros (famosos en la literatura periodística) pertenecen de derecho a la Gente Decente. En el siglo pasado casi regla la regla contraria; y por más que un propietario rural tuviese muchos rodeos de vacas y muchos depósitos en el Banco de Londres no pasaba generalmente de "gauchón". Los apellidos de estación de ferrocarril evocan confortables saldos acreedores pero no siempre jerarquía social.

Tampoco puede considerarse a la Gente Decente una aristocracia al modo tradicional, ya que no ejercita las dos inveteradas ocupaciones nobiliarias: la milicia y la clerecía. Hubo



momentos en que la Gente Decente tuvo influencia política pero los generales eran, por ejemplo, el alemán Karl Reichter (que tomó el nombre del desertor polaco Ivanovski); o el inglés Fotheringham; o Levalle ("né", en Génova, Levaggi); mientras en la Armada las altas jefaturas las tenían el catalán Py o el norteamericano Howard. Y aunque haya muchos sacerdotes de decentísima conducta basta echar una ojeada a la lista de prelados para advertir que los señores obispos ya no se llaman Trejo y Sanabria; Bazurco y Herrera de Guzmán; Videla, Medrano o Escalada.

Ni el ejercicio de las armas; ni el poder de la Iglesia; ni el dominio de la industria y del comercio; ni la propiedad de la tierra, caracterizan a la Gente Decente. Tentados estaríamos de creer en un racismo hispánico (por aquello de la toponimia) sino fuese que numerosísimos descendientes de españoles pura uva se quedan nomás en hijos de gallegos.

¿Pero qué diablos es entonces? En las naciones asentadas, formalitas y homogéneas de la Europa, la réplica de nuestra Gente Decente tiene un nombre menos presuntuoso: se la llama "el pueblo".

Porque no es otra cosa nuestra Gente Decente que el pueblo argentino verdadero; el antiguo; el núcleo estable que de la Conquista acá transmite las tradiciones; incorpora las costumbres; bautiza las novedades; crea el estilo de vida y el castizo acento idiomático; forma los varios tipos físicos nacionales y conserva la religión, la moral y la patria sin otros deterioros (como dicen los contratos de alquiler) "que los debidos a la acción del tiempo".

Por eso la Gente Decente es múltiple y diversa como lo es el pueblo de Castilla, o el de Southern England, o el de Prusia, o el de L'Ile de France. En suma como cualquier otro pueblo de cualquier región madre de naciones formadas.

Por eso comprende varias clases económicas, desde la alta, pasando por la media, hasta el proletariado; y toda suerte de ideologías políticas y de caracteres individuales, por eso confluyen en ella sangre de distintas procedencias.

Pues hay, entre la Gente Decente, lo mismo "air-stewardesses" o dactilógrafas que magnates; profesionales lo mismo que mayordomos; rentistas y perdularios; frailes y laicos; civiles y militares; oligarcas y descamisados; conservadores y comunistas, y aún tal vez radicales.

Hay hidalgos de prosapia y plebeyos de almacén minorista; finos y groseros; elegantes y toscos; virtuosos y enviciados; honrados y pillastres ; laboriosos y justicialeros. Hay, en fin, todo lo que se encuentra en un pueblo; y si en vez de estarse concentrada en unas cuantas ciudades ocupase ella sola una región o provincia advertiríamos el secreto que se oculta a los que, desde fuera y sin tratarla la consideran una clase encajada en los esquemas marxistoides.



Este fenómeno, que no se repite con frecuencia en el resto del mundo, obedece a una razón histórica evidente. La Gente Decente proviene del encastre en la América de la descendencia *legítima* de los Conquistadores, en medio de poblaciones indígenas y de esclavatura africana cuya progenie, mestizada "de la main gauche", es lo que se conoce con el apodo de "cabecitas negras".

Pero no vaya a creerse en una casta bramánica, pues permaneció abierta a toda suerte de enlaces y vinculaciones, y renovada por las oportunidades del continente nuevo. Es así que menudean en ella los apellidos extranjeros, pero siempre con el cordoncito umbilical que por alguna línea materna los adhiera al pasado argentino, como lo comprueban a diario los genealogistas.

Carece, además, de códigos de conducta severos e inviolables y su fortaleza (que le ha permitido sobrevivir cuatro siglos) se parece más bien a la del barquichuelo a la capa; pues derivando con aire desprevenido ha visto pasar los avatares de la Historia: las dinastías de los Austria y de los Borbones; la Independencia y su inconclusa secuela revolucionaria. La monarquía, la república, la democracia.

Su única ley definida es el apego narcisista a su propia imagen, y lo mismo que se complace en encontrarse a sí misma en el teatro, en las fiestas o en los velorios, le gusta verse reproducida en sus gubernantes. Pero no les exige orientaciones estrictas filosóficas, políticas ni económicas. Porque eran de la misma parroquia acató a Rosas veinte años y a los liberales ochenta; pero solo aguantó unas semanas al Coronel Pagola o al General Urquiza.

La sociedad argentina en general, o mejor dicho, el conjunto de seres humanos que habitan territorio argentino, se dividen en los variados y superpuestos "stratae" que se quiera. Sobre todo desde el punto de vista económico hay muchas gradaciones de mayor a menor, como en todos los países, incluso Rusia.

Pero *además* en la Argentina coexisten tres grandes bloques, tajados de alto a abajo cada uno de los cuales comprende dentro de sí todas las escalas de la vida económica. Son ellos los "*cabecitas negras*", los "*recién venidos*" y la "*gente decente*". *Este último sirve de rodrigón a sus colaterales y como testigo de sus oscilaciones, esto es, de los progresos del uno en adecentarse y del otro en asimilarse.* Así es el país real, y de la armonía de los tres bloques depende la amistosa convivencia argentina, y de su fusión la todavía remota unidad.

No sé si los de la Gente Decente son los mejores habitantes del país; "the best Argentines at their best". Es materia opinable, pero lo cierto, lo que tácitamente reconocen todos, con admiración o con despecho, con rencor o con franqueza, es que son los Dueños de Casa.

Soñé anoche que de aquí cien años Buenos Aires, después de haber sido un tiempo "Ciudad Presidente General de Brigada Juan Domingo Perón" se llamará Molotoffgrado. Tendrá grandes fábricas donde una población exclusivamente obrera producirá las manufacturas baratas de su propio consumo.

En una usina de ésas un joven comunista, de sobrenombre Pochocho y con apellido que llevaron alcaldes y regidores del siglo XVIII, Guerreros de la Independencia y políticos del siglo XIX, y pordioseros del siglo XX, será un operario de tantos. Y un día, mientras está en la máquina con su habitual desgano distinguido, vendrá a verlo el Camarada Moisés Rúsoman, Secretario del Presidium de la República Soviética Argentina y el hombre más importante del Partido, como que estuvo una vez en Moscú conferenciando con el Secretario Privado del Sub-Secretario de la 2ª Secretaría de la 5ª Sección de la Secretaría General para la Zona Sur de Suramérica.

El taller queda en suspenso. ¿Qué ocurrirá? Todos lo quieren a Pochocho porque es afable, servicial y chistoso, y como saben que no es un esforzado stanovskista y más amigo de charlar fumando que de producir botones de camiseta, temen que el Secretario Moisés Rúsoman venga a comunicarle su ejemplarizadora deportación a la Antártida.

Pero no. Con su mejor sonrisa el omnipotente Camarada dirá a su humilde correligionario:

"Istá qui mañanas cumple veinte años Ribecas mi hija. ¡Mochacha linda! ¿sabes? Marido qui si casara con eya tindría toidas comodidades antiguas: una pieza para eyos solos; entrada semanal al Baño Públicos; ración doble de carne ¡figúrate, un kilo kada mes! viaje di bodas al Turkestán; toidas, toidas comodidades antiguas. ¿Istá qui vienes a la fiesta, Pochochos quíridos?".

NARCISO HERNÁNDEZ

VIGENCIA DE LA CRISTIANDAD

Reproducimos la nota editorial de La Pensée Catholique, *en su última entrega (núm. 11), y la hacemos totalmente nuestra. Consideramos tanto más urgente la actualidad de esta nota en un momento, en que, por no atender suficientemente a la universalidad de los valores cristianos, vigentes en lo temporal, "lo nacional" está siendo atraído, particularmente en América Latina, por un comunismo telúrico. Recientes publicaciones de origen comunista y de origen nacionalista traducen entre nosotros este comunismo que podríamos denominar "pampeano".* (N. de la D.)

Los pueblos jóvenes de las dos Américas tienen, hoy como ayer una conciencia clara de los beneficios recibidos de nuestra Europa occidental cristiana. Si sus más ilustres representantes —prelados, hombres políticos y universitarios— se complacen en expresar su reconocimiento por el pasado, nos urgen también a permanecer fieles a nuestra misión y a trasmitirles siempre estos "alimentos celestes y terrestres" de los que han vivido y de los que quieren vivir los artesanos de la civilización secular.

Las amenazas de ruina que existen, hoy, para todos y en todas partes, se han de atribuir a los ateísmos, sean marxistas o "capitalistas", en el sentido malo del término.

¡Ayudadnos a salvar la latinidad! Este voto se une al nuestro, de hacer revivir pero extendida y adaptada a nuestra vieja Europa y a todo el Universo, la "Cristiandad" sin la cual no existe unidad.

Este voto profundo ha nacido de este sentido cristiano que triunfa a veces de las peores empresas de perversiones mentales y morales; ha nacido también de la experiencia cruel de los fracasos de lo que se llamó *el derecho moderno*.

El *derecho moderno* no podrá sino destruirse a sí mismo, porque "desligar el derecho de gentes del áncora del derecho divino no es sino destronarlo" (Pío XII). Y la historia de los cien últimos años lo condena: los hechos de los que el universo es testigo y miserable víctima están allí para hacer abrir los ojos a los más pervertidos.

Del *derecho moderno* no se quiere saber ya nada en los dos hemisferios, porque es el "derecho" de los Nacionalismos exasperados, encerrados en su orgullo y en sus ambiciones; el "derecho" del laicismo político que no acuerda a las leyes naturales y a las leyes divinas sino un valor restringido a solos los individuos; el "derecho" del Modernismo político que, admite estas leyes pero sin ninguna aplicación en la vida pública; el "derecho", en fin, del laicismo más absoluto que niega formalmente la existencia de una ley supranacional: laicismo de las democracias ateas, del Nacional-Socialismo alemán y del Comunismo de Moscú.

Del *juridicismo* abstracto que excluye toda moral universal y, por tanto, toda obligación fuertemente fundada, han reconocido todos la total impotencia y nocividad.

Del *Mesianismo humanitario* sumergido en la embriaguez de las Revoluciones destructoras de lo Real divino y humano, han comprendido todos la audacia sacrílega de querer edificar una especie de Cristiandad al revés, que debería gozar, ella sola, de la catolicidad.

Los Cristianos, adoctrinados por la experiencia, que han aprendido la doctrina de la Iglesia y la historia de los siglos pasados, quieren ser liberados de este Mesianismo que inspiró y alentó a tantas Revoluciones sociales y políticas, nacionales y mundiales. Quieren, *con urgencia* liberarse de este Mesianismo, enemigo de los pueblos, que desde hace más de un siglo, simula todo lo religioso, todo lo católico y sagrado.

No ignoramos las caricaturas que se nos ha dado de la Cristiandad para hacernos perder el sentido y el gusto. Sabemos que la verdadera vida internacional no existe sin las diversidades nacionales con una unidad moral y espiritual (con una espiritualidad en el sentido verdadero de la palabra): Ninguna superestructura por encima de los Estados, ningún aparato federal por encima de los Gobiernos, ningún super-Estado. Sino trascendencia y universalidad de una Moral y de un Derecho. "La Cristiandad no es la Iglesia, es distinta de la Iglesia, pero imita en lo temporal la unidad de la Iglesia. Traspone la vida de los pueblos sobre el plano del derecho natural y del derecho cristiano". Debe ser el lugar en que los problemas humanos,



colocados en un plano superior al de los egoísmos nacionales, revelarán a todos los mismos intereses, en que de la cooperación intelectual brotarán más fácilmente cambios intelectuales (literarios, filosóficos y científicos), artísticos y económicos. Así se producirá la "universalidad" de los pueblos cristianos, de la cual nadie pueda ser excluido.

¿*Tesis* seductora pero sin aplicación en la *hipótesis* del presente? Conocemos la famosa antítesis, antigua con más de un siglo. Ha podido paralizarnos. Pero no hará de nosotros hombres definitivamente adaptados a la "coyuntura", como se dice en jerga moderna.

Los Papas que no hablan por gusto de hablar, sino para instruir, para aconsejar y para mandar han señalado como necesario el renacimiento de esta Cristiandad. Mejor colocados, mejor informados y mejor ilustrados que ningún otro, se expresan en términos muy claros, y *son oídos*. ¿No es un programa preciso que dió Pío XII en sus diversos Mensajes y más recientemente en su Alocución a los delegados del 2º Congreso Internacional de la Unión Europea de los Federalistas? ¿Quién puede trabajar en esta *Unidad*? ¿De quién vendrá el llamado más apremiante para esta *Unidad*? No de los antiguos dirigentes de las viejas potencias europeas, responde Pío XII; ellos han desaparecido o no tienen influencia: "Vendrá de hombres que amen sinceramente la paz, hombres de orden y de calma, hombres que —al menos de intención y voluntad— no están todavía "desarraigados" y que encuentran en la vida de familia, honesta y feliz, el primer objeto de su pensamiento y de su gozo. He aquí los que llevarán sobre sus espaldas el edificio de la Europa unida. Mientras se cierren los ojos a este llamado, no se hará nada durable, nada que sea a la medida de las crisis presentes" (*Osserv. Romano*, 13 nov. 1948).

Este llamado nos ha venido ya de nuestros numerosos amigos de las naciones de Europa y de las dos Américas.

Nos corresponde no dejar sin eco este llamado que escuchamos. Estamos empeñados en una obra en la cual cooperarán "todos los hombres de orden y de calma".

EL RETRATO

Se dió cuenta que no era posible vivir en paz con ese retrato. En verdad nunca pudo explicarse cómo aquel hombre llevaba soportando tanto tiempo el duro aliento de su alma, sin que su corazón estallase de sobrecarga.

Y aún le sucedía levantar la vista con cierto temor hacia el cuadro, sin que sus ojos pudieran explicarse jamás el milagro que impedía a esa mano, contraída con tremenda violencia sobre la empuñadura de la espada, extraer el arma para perpetrar no sabía qué secreto acto de justicia.

Nunca dudó que el caballero del retrato abrigaba un odio profundo —por lo demás una pasión cuya esencia desconocía— contra todos esos muebles acumulados en la espaciosa sala y aquella riqueza desordenada que llenaba las vitrinas. Pero él era un empleado, una suerte desvaída de hombre, que tenía a su cargo el cuidado de esas enormes galerías donde el pasado era impúdicamente exhibido a un público con anteojos, sacudido por la premura automovilística de la carretera.

Sin embargo, a pesar de la notable diferencia, se había establecido entre ambos un diálogo apasionado, una comunión misteriosa que los hundía en un tiempo sin memoria, donde todos aquellos objetos de museo, y posiblemente las almas de esos objetos y de los hombres que los poseyeron, ocupaban un lugar escogido bajo los ojos de Dios. Y solamente aquel recuerdo violento, hecho odio, del caballero del retrato, podía conocer con precisión.

Es probable que fuera el alma del antiguo siervo, bajo los lentes de empleado, la que también comprendía ese orden rígido, señorial, luchando furiosamente bajo la armadura, por imponer un sentido a esa innoble aglomeración de recuerdos que habían de serle sagrados.

Entonces, dentro de aquella flácida anatomía, revestida con su americana de corte standard, bajo el barniz apenas adherido de los derechos ciudadanos, el alma antigua, la vieja alma sagrada del servidor cristiano, se conmovía al imperioso mandato de aquellos ojos señoriales, cargados de desolada nobleza.

Tal vez todo haya sucedido como él lo contó; y el caballero cuya calidad principesca se conocía, rompiendo el acorazado equilibrio en el que templaba su inmortalizada indignación, realizó con sus manos, hartas de furor contenido, aquel horrible destrozo.

Pero los hombres están siempre de acuerdo en admitir como sensata una determinada clase de realidad. Lo cierto es que el pobre guardián del museo no pudo explicar nunca lo que pasó. Probablemente su alma, su vieja, sagrada alma de siervo huyó con la del caballero, sumisa a su terrible señorío, dejando sobre el hombrecillo aquellos tristísimos anteojos de carey, cuyos cristales de aumento limpiaba suavemente cuando lo detuvieron por monomanía destructiva.

Rubén Calderón Bouchet

UN RIO NEVADO

Encerrado entre las altas columnas vegetales, el hombre que busca algo indefinido por los bosques o por los valles de la Cordillera, descubre, a veces, el verdadero sentido de la belleza que emana en suaves corrientes por el aire que circunda los seres y las cosas.

Cualquier noche de luna llena, a medianoche, el hombre deja el vivac y recorre los caminos abiertos a fuerza de machetes en la fronda viva. En los espacios cubiertos por arbustos, un lecho de nieve, una capa de nieve de grueso espesor cubre el suelo, los troncos caídos, el torrente y las hojas de araucarias.

La soledad es completa, no se insinúa, se siente, va penetrando todo el paisaje de sutileza, va envolviendo las piedras, hasta llegar al hombre y estacionarse en sus sentimientos.

Largas extensiones nevadas conducen hacia cualquier parte: hacia el norte, hacia el oeste, hacia el sur; un poco de cielo se asoma entre el follaje de los pinos, rayado por una estrella que cae dejando tras de sí la sensación de que los ojos humanos vieron la profecía de un río andando por el cielo.

Se marcha sobre la nieve, lentamente, gustándola, resbalando, hundiendo las botas en su frescor. Se la toma en las manos, la sangre entonces, nuestra sangre, siente la realidad natural del primer elemento.

En esos instantes sucede lo maravilloso; el hombre percibe primero una sensación rara, como si algo cantara debajo de sus pies, a su lado, junto a su oído, cerca de sus miembros. Después, más lejana, apenas. El hombre siente el deseo imperioso de volverla a escuchar.

Continúa la marcha de soledad sobre el suelo nevado. La melodía lo acompaña, lo entretiene, lo musicaliza en la tranquilidad de los cerros. Mira hacia todos lados buscando un punto de referencia que le dé el origen de ese sonido musical que llena todo su ser, hasta ahogarlo en un riacho de música serena. Pero nada, ni una caída, ni un torrente, ningún pájaro, ni la brisa al pegar contra las hojas.

Ha caminado hora tras hora con la misma inquietud, llevados sus pasos y sus pensamientos por el canto hondo de ese algo despierto entre las piedras.

De pronto se abre ante su vista un espectáculo desconocido. Allí, justo delante de sus pies, donde matemáticamente se abre un abismo, el hombre ve levantarse en altos vuelos de olas menores, olas espumosas heridas contra las lajas, el canto que lo sedujo. Allí, claramente visible, como un violín abierto a todos los recuerdos, a todas las añoranzas, un río de deshielo cubierto de nieve se abre con intensidad de fuerza que han desatado, abriéndose paso, dando tumbos de piedra en piedra hasta ubicarse en su curso, en su cauce normal que va cayendo, cristalino, hacia el declive de la precordillera.

La música persiste como un pájaro extraño de voces mansas y serenas. El encanto está deshecho, pero queda el recuerdo de la música que nacía bajo los pies y cruzaba el cuerpo, expandiéndose en la tranquilidad de una noche austral.

Nicolás Cócaro

Al cerrar esta su primera etapa, y con el propósito de ofrecer a sus lectores la oportunidad de anudar o renovar lazos de amistad, Presencia *invita a la cena —sin discursos— que tendrá lugar en La Emiliana, Corrientes 1431, el jueves 22 de diciembre a las 21. El precio del cubierto es de veinte pesos y puede reservarse por teléfono en 30 - Catedral - 2845, los días hábiles, de 15.30 a 18.30.*